

Homilía

ORDENACIONES SACERDOTALES

Sevilla, Catedral, 20, VI, 2020

Demos gracias a Dios. La asamblea litúrgica acaba de expresar esta aclamación gozosa al constatar que nuestros hermanos Juan, Javier, Pedro, Luis María, Francisco José, Rubén y Francisco son llamados por Dios para el orden de los presbíteros. Demos gracias a Dios.

Queridos hermanos sacerdotes..., queridos candidatos, queridos familiares, padres, amigos y paisanos. Sed bienvenidos todos a esta celebración gozosa de la ordenación de siete nuevos sacerdotes para nuestra Iglesia diocesana. Damos gracias a Dios, porque os ha elegido desde toda la eternidad para ser sacerdotes de Jesucristo. Damos gracias a Dios porque os ha conducido hasta aquí. Damos gracias a Dios, porque a todos nos hace testigos y partícipes de este don tan grande para su Iglesia, para vosotros y para nuestra diócesis.

La vocación sacerdotal no es solamente una opción personal, menos aún una ocurrencia que nos llega inesperadamente. La vocación sacerdotal es ante todo un don de Dios, es una llamada de Dios. En la segunda lectura hemos escuchado que “nadie se arroga esta dignidad, sino el llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se apropió la gloria del sumo sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy” (Hbr 5, 4-5).

Por eso, porque la vocación sacerdotal es en primer lugar cosa de Dios, debemos pedir a Dios continua e insistentemente que envíe obreros a su mies. No nos cansemos de hacerlo. Y después, una vez recibido este don, es preciso cuidarlo, cultivarlo, acompañarlo y prudentemente discernirlo. Después de este discernimiento, el candidato es llamado por el Obispo, que ha preguntado al Canciller-secretario: ¿Sabes si son dignos? Él me ha contestado: Según el parecer de quienes lo presentan, después de consultar al pueblo cristiano, doy testimonio de que han sido considerados dignos.

En vuestro camino vocacional ha intervenido la comunidad cristiana: Vuestros padres, vuestros hermanos, tantas personas que han colaborado en vuestra formación, y que hoy os acompañan, sacerdotes, catequistas, profesores, compañeros. Y el obispo, como último responsable, os llama en nombre de Dios y con la autoridad de la Iglesia. Acercaos sin miedo, queridos hijos. Es Dios quien os ha llamado. Él llevará a término esta obra buena que un día comenzó en vosotros.

Sois llamados para ser sacerdotes santos. Aunque parezca extraño, santo es el sustantivo, sacerdote es el adjetivo. Bien nos lo dice san Pablo: “Esta es la voluntad de Dios: que seáis santos” (1Ts 4,2). Un sacerdote santo hace más bien a la Iglesia que veinte sacerdotes mediocres. Necesitamos sacerdotes santos. Los necesita la Iglesia. Lo espera el mundo. Sois ordenado sacerdotes para ser santos. Dentro de unos instantes el arzobispo va a ungir vuestras manos y os dirá: “Jesucristo el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio”. Se prolonga hoy en ti lo que hemos escuchado en la primera lectura: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido”, me ha ungido para ser santo y para santificar.

En la administración de los sacramentos, y sobre todo en la presidencia de la Eucaristía, queridos ordenandos, vais a entrar en el Santo de los Santos, tocando con vuestras manos la santidad de Dios. Ello pide de vosotros una vida santa, inspirada en el radicalismo evangélico. Ello exigirá también que seáis hombres de oración, que cultivéis una relación personal, diaria, íntima y amorosa con el Señor, lo único que asegurará una entrega absoluta y totalizadora a Jesucristo, vuestra única heredad y la única verdad que salva. Sólo el amor a Jesucristo, fraguado junto al sagrario, os mantendrá enteros en vuestro ministerio y os salvará de la secularización que también acecha a los sacerdotes.

Una de las tareas principales de vuestro ministerio deberá ser la oración, como nos recuerda la liturgia de pastores: “Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo”. Dedicad tiempos largos a estar con el Señor. Las tareas apostólicas pueden esperar, el estar con el Señor es inaplazable. Haced de la Palabra de Dios vuestro alimento permanente. Rezad la liturgia de las horas completa todos los días. Preparad vuestro corazón para celebrar la eucaristía y dad gracias con sosiego y sin prisas. No os olvidéis de mirar con amor y gratitud a María, cuyo Inmaculado Corazón honramos en este sábado. No olvidéis el rezo del rosario, para agradecerle que nos haya dado a Jesucristo y sea nuestra verdadera madre.

Vivid con gozo la comunión eclesial, con el Papa y con el Obispo propio, hoy este humilde trabajador en la viña del Señor, qué es ministro de Cristo para consagrar sacerdotes, y mañana quien Dios ponga al frente de este presbiterio. Un sacerdote no se entiende sin su obispo, del que es cercano y directo colaborador en la tarea ministerial. No os dejéis llevar por el comentario fácil, que seca el alma y frena los impulsos apostólicos, de considerar al obispo como jefe de una patronal y a los sacerdotes como miembros de un sindicato. La Iglesia es mucho más bella que todo eso. Cuando ahora prometáis obediencia y respeto al obispo, hacedlo con el deseo de vivir en comunión por amor con quien habéis de colaborar en el ministerio sacerdotal. Considerad a vuestro obispo como padre, como amigo, como hermano mayor. No le tengáis miedo, él os considerará siempre como hijos y hermanos.

Vivid vuestra consagración a Dios en el celibato con delicadeza y esmero. Ni en vuestras palabras, ni en vuestro comportamiento, ni en vuestro porte insinuéis nunca que vuestro corazón no está enamorado del Señor. Decid muchas veces con el alma 15: "El Señor es el lote de mi heredad y mi copa... me encanta mi heredad". Un corazón consagrado al Señor es un corazón libre para amar a todos siempre. El celibato os permitirá dedicaros a las cosas de Dios y os hará disponibles para ser reflejo continuo de la misericordia de Dios en un mundo en el que tantas personas viven heridas como consecuencia del pecado y del egoísmo de sus semejantes. Por algo, desde muy antiguo, la Iglesia ha vinculado el celibato al ministerio sacerdotal, por esa múltiple conveniencia a favor de un sacerdocio que hace presente a Cristo Buen Pastor, Cabeza y Esposo de su Iglesia.

Vivid entre vuestros hermanos, sacerdotes y fieles, como el que sirve. "Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve... El primero entre vosotros sea vuestro servidor"; el primero en el servicio de entregarles a Jesucristo en los sacramentos, el servicio de atender a las comunidades que se os confíen, el servicio de cargar y expiar sus pecados, como el Cordero de Dios ha cargado con el pecado del mundo, el servicio de la caridad hacia los enfermos, los necesitados, los que sufren y los pobres, que en estos últimos meses se han multiplicado, y que deben ser vuestros predilectos, mimando la institución parroquial de Cáritas, que debe ser objeto de vuestra entrega preferente.

En algún momento de la vida, vuestra condición de ministros del Evangelio y servidores de la Palabra de Dios, os puede acarrear sufrimientos, soledad, pobreza, humillación o menosprecio. Que entonces arda en vuestro corazón el fuego ardiente del seguimiento del Crucificado y el amor a la cruz, apreciando, buscando y gustando la cruz, que es locura para los judíos y escándalo para los griegos; pero, *"para nosotros, sabiduría y fuerza de Dios"*. En la cruz se manifestó el amor extremo con que Dios amó a su Hijo y ama a los hombres. Jesucristo declaró su amor a los hombres con el lenguaje de la cruz y nosotros no podemos proclamar y comunicar este amor sin utilizar el mismo lenguaje. Aunque en nuestra sociedad hedonista el evangelio de la cruz resulte chocante y hasta repulsivo, es preciso recordar sin disimulos que es imposible ser un santo sacerdote huyendo de la Cruz. Necesitamos recuperar en la espiritualidad de los sacerdotes y en la formación de los seminaristas el valor único de la Cruz, el amor al Crucificado y la identificación con Él. Por ello, dentro de unos momentos, vais a escuchar de labios del arzobispo estas palabras: "Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor".

Ayer celebrábamos la fiesta de Sagrado Corazón de Jesús. En la hermosa aventura que hoy iniciáis, descansad siempre en el Corazón de Cristo. Con el salmo 123 repetid

muchas ves: “El Señor es mi pastor nada me falta... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo”. Él os ha llamado, Él os va a consagrar sacerdotes. Él no os dejará nunca. Él os dará en su día la corona de gloria que no se marchita, como a los siervos buenos y cumplidores. Que la Santísima Virgen en su título de los Reyes os bendiga y acompañe siempre. Amén

+ Juan J. Asenjo
arz. de Sevilla

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla